

Alguien que me escuche

¡Que os escuchen! ¡Solo necesitáis que os escuchen y os darán el sí! -gritaba la encargada, mientras nos repartía listados llenos de números de nueve cifras. Era su forma de darnos los buenos días.

A todos ellos iba llamando y, seguidamente, tachando. Unos ni contestaban, otros ya nos tenían bloqueados, los más me colgaban nada más presentarme y alguno se acordaba de mi madre por despertarle de su siesta.

¡Mantened la línea como sea! ¡Que no os cuelguen! -repetía la encargada cada vez que alguna compañera resoplaba tras recibir uno de aquellos insultos.

Yo solo pensaba en encontrar un centro de día para mi madre, en la llamada del casero, en retomar aquellos estudios y, sobre todo, en mi última falta. Era difícil con todo eso en la cabeza convencer a alguien de las ventajas de cambiar de compañía

¿Para qué quiero cambiar de compañía si no tengo? -me contestó-, "vivo solo" -añadió para explicar su chiste.

Entonces rompí a llorar, no sé si por el mal chiste, por llevar siete horas sin conseguir un contrato o, más bien, por todo lo que bullía en mi cabeza.

¿Qué le ocurre? -preguntó-, tampoco ha sido tan malo.

Intentaba contenerme pero mi respiración entrecortada me delataba, él lo adivinaba y solo repetía aquellas palabras, "cuénteme, qué le ocurre".

Con la cabeza agachada para esconder las lágrimas con el flequillo, la encargada solo miraba, muy satisfecha, el reloj de mi pantalla, que ya marcaba 11 minutos de duración en la misma llamada. Pocas veces tanto tiempo acababa sin contrato.

Y la llamada terminó con un sí, aunque esta vez fui yo quien lo dio, cuando años después él me preguntó. Tenía razón aquella encargada, lo que necesitaba era, sencillamente, que alguien me escuchase.